

富津洲ハ相模ノ觀ル多



(227)
幾何ノ賣
三時十二分間ノ地
と云する松あり幾時ノ
三時卅分
地



editorialgg.com

INTRODUCCIÓN

Hay muchos motivos por los que Japón nos fascina y nos atrapa. Es un país con tantas caras como sabores, colores y sensaciones.

Ha pasado una década desde mi primer viaje a Japón. Parece tan lejano... El mundo ha cambiado, y también yo he cambiado mucho desde entonces. En aquel momento, Japón no era todavía el destino turístico masivo en el que se ha convertido en los últimos años. El Japón que yo encontré era silencioso, reservado, encriptado y fascinante. Fue justo esa sensación de misterio lo que me enamoró del país nipón.

Japón tiene tantas caras que cada persona puede encontrar allí un lugar propio; solo tiene que buscarlo. A mí me atrapó su manera de hacer, su artesanía, la unión sutil entre la técnica tradicional y el diseño contemporáneo y, por supuesto, su tradición textil, ante la que mi corazón se derritió.

Fue entonces cuando tuve mi primer contacto con el *boro* y el *sashiko*, dos técnicas textiles que hoy se han popularizado de forma sorprendente, pero que tienen raíces profundas en la historia del Japón más humilde.

BORO

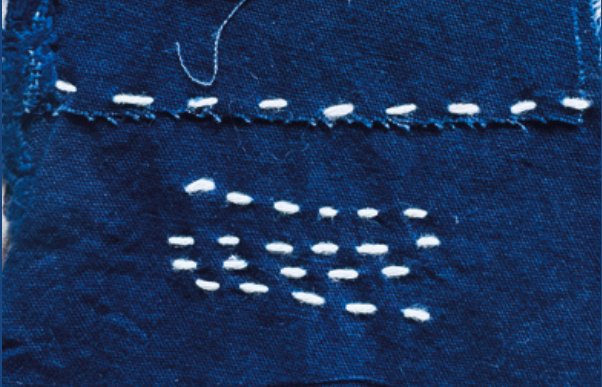
La palabra *boro* (襤褸) significa, literalmente, ‘harapo’ o ‘ropa andrajosa’. El término hace referencia a piezas textiles que han sido remendadas y reutilizadas una y otra vez, una práctica habitual entre los siglos XVII y XIX, durante el periodo Edo (1603-1868).

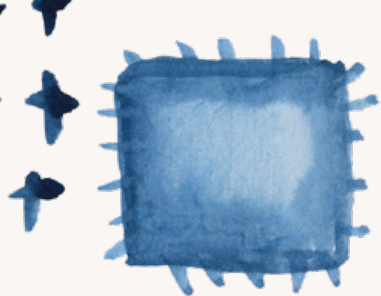
En aquella época, en especial en las zonas rurales del norte de Japón —como la región de Tōhoku—, la vida era dura y los inviernos, extremadamente fríos. El algodón era un material caro e importado, así que las familias campesinas apenas podían permitirse adquirir tejidos nuevos. Para sobrevivir, reutilizaban la ropa generación tras generación, a la que le cosían parches, le añadían capas y le



reforzaban las costuras. De este modo, las prendas de trabajo, las mantas o los kimonos se transformaban en verdaderas obras colectivas, hechas a partir de múltiples fragmentos de tela que contaban la historia de una familia. El *boro* no era el resultado de la búsqueda de un estilo estético, sino de una necesidad; un ejemplo de economía circular y sostenibilidad de mucho antes de que existieran estos términos.

Hoy el *boro* es valorado como una forma de arte textil, y muchas piezas antiguas se exponen en museos, como el Amuse Museum de Tokio (que cerró en 2019, y gran parte de su colección de *boro* se trasladó al museo Chichibu Meisenkan).





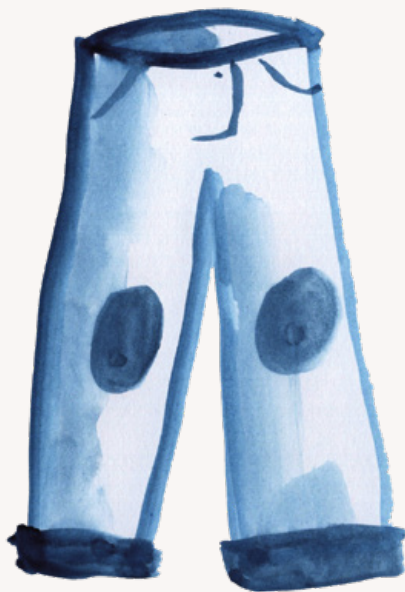
SASHIKO

El *sashiko* (刺し子), cuyo nombre significa ‘pequeños pinchazos’, es una técnica de bordado tradicional que también surgió en el periodo Edo. Se desarrolló como una forma de reforzar las telas mediante puntadas sencillas y repetitivas, generalmente en hilo blanco sobre tela índigo.

Este bordado de origen humilde cumplía dos funciones principales: una de carácter práctico, la de reforzar las prendas de trabajo, añadir calor con capas de hilo y alargar la vida útil de la ropa; y otra puramente estética, pues los pa-

trones geométricos dotaban de belleza a las prendas cotidianas. Motivos como las olas, las montañas, las estrellas o las espigas de arroz se convertían en símbolos de protección, abundancia o buena fortuna.

Con el paso del tiempo, el *sashiko* se convirtió en un lenguaje visual propio de las comunidades rurales, y hoy está considerado un arte de diseño textil japonés que se sigue transmitiendo de generación en generación.



A la hora de remendar una prenda de vestir, procura utilizar materiales similares a los originales. Por ejemplo, un vaquero desgastado se puede reparar perfectamente con retales de otro vaquero viejo.

DE LA NECESIDAD AL ARTE CONTEMPORÁNEO

Lo que nació en el seno de la supervivencia y la escasez se ha convertido, siglos más tarde, en una fuente de inspiración para el mundo de la moda y el diseño contemporáneo. Tanto el *boro* como el *sashiko* encarnan una filosofía japonesa profunda: la belleza de la imperfección, la reparación como forma de cuidado y la continuidad de la vida a través de los objetos.

Por eso, cuando descubrí estas técnicas sentí que estaba viendo no solo telas, sino historias, fragmentos de un Japón que, aunque cambie y se modernice, sigue llevando en su fibra más íntima la huella de la artesanía y la resiliencia.

Aquel primer viaje a Japón fue, por encima de todo, un encuentro conmigo mismo. Con apenas veinte años, conseguí una beca para estudiar arte en Manchester. Con mi precario presupuesto de estudiante, crear obras de gran formato me resultaba imposible. Fue entonces

cuando regresé a algo que había aprendido desde niño en mi familia: reciclar por necesidad.

Comencé a recoger tejidos abandonados en la lavandería de la residencia, en la basura y en tiendas de segunda mano, donde por una libra encontraba telas estampadas llenas de vida. Y allí, en la lluviosa Manchester, mientras escuchaba sin descanso a The Smiths y Joy Division, empecé a coser y a zurcir sobre aquellas telas.



Cuadernos, notas y bocetos hechos durante mis viajes a Japón.





BORO Y SASHIKO

CUANDO LA NECESIDAD SE CONVIERTE EN BELLEZA

Hay historias que nacen de la abundancia, y otras que se abren paso desde la escasez. El *boro* pertenece a estas últimas: un arte nacido sin intención de serlo, un lenguaje textil que emergió en los hogares más humildes de Japón, donde la vida dependía literalmente de una puntada más.

La palabra *boro* (襤褸) significa ‘harapo’, ‘trapo gastado’. Suena simple, incluso despectivo, pero en sus capas, en sus re-

miendos, en sus hilos azules y desvaídos, se guarda un testimonio profundo de resistencia, ingenio y esperanza cotidiana.

Las telas que uso para mis piezas de *boro* y *sashiko* las he ido encontrando a lo largo de los años durante mis viajes a Japón. Con el paso del tiempo, he ido conociendo a personas que se interesan por mi pasión. Las visito en sus pequeñas tiendas textiles situadas en la planta baja de su casa, y de un año a otro me guardan pequeños tesoros que saben que valoraré y admiraré. Dar vida a esas telas que alguien dejó atrás es la máxima en mi trabajo.

Este capítulo recorre de forma breve esa historia: la del humilde tejido que, sin proponérselo, se convirtió en filosofía.

Para entender el *boro*, hay que viajar al Japón rural de los siglos XVII al XIX, especialmente al norte —Aomori, Akita, Iwate—, donde los inviernos eran tan largos y fríos. La gente vivía con muy poco. El algodón, cultivado más al sur, era un lujo inaccesible para campesinos y pescadores. Las prendas se tejían con cáñamo, ortiga o ramio, fibras toscas y frágiles ante el frío.

La ropa se gastaba rápido. No había posibilidad de reemplazarla. Y fue entonces cuando las familias, obligadas por las circunstancias, empezaron a remendar: primero un parche; luego otro; y otro más. Así nació, sin nombre ni pretensión, el *boro*.



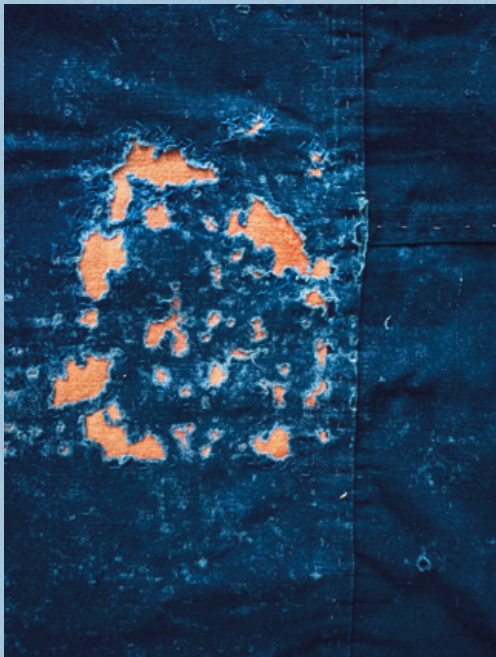
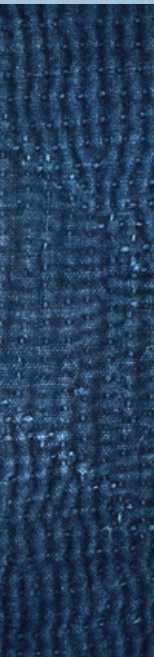
En cada hogar, las prendas pasaban de una generación a otra. El kimono del abuelo se convertía en la chaqueta del padre y luego en la colcha que cubría a los nietos durante el invierno.

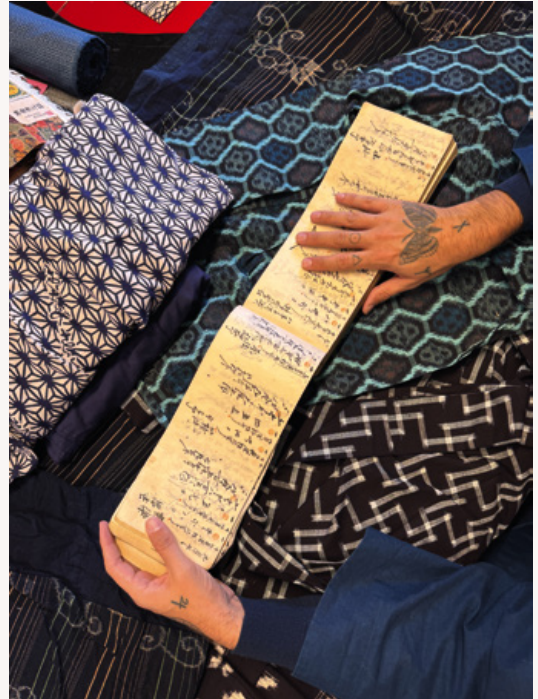
La vida útil de un retazo era prácticamente infinita: primero ropa formal, luego prenda de trabajo, más tarde manta, después trapo, finalmente material para encender el fuego. Nada se desperdiciaba, el respeto por la materia era absoluto. El *boro* era, ante todo, un sistema de supervivencia. Cada parche añadía calor, reforzaba la prenda, alargaba su vida.

En la página siguiente,
una obra original de *boro*
cosida minuciosamente.









SASHIKO: LA PUNTADA QUE SOSTIENE EL TIEMPO

Para unir los retales se utilizaba la técnica de *sashiko* (刺し子), una puntada funcional que, con el tiempo, adquirió belleza propia.

Sashiko significa ‘pequeñas puntadas’. Originariamente servía para reforzar la tela, no para decorarla. Sin embargo, la repetición, la paciencia y la búsqueda de durabilidad crearon patrones que hoy reconocemos como arte: rayas, rombos, olas, montañas, motivos inspirados en el paisaje y la vida diaria. Una estética nacida en el escaso tiempo libre de las personas que trabajaban sin descanso.

El *sashiko* no se hacía para ser visto. Se hacía para servir. Y en ese servicio reside su grandeza. Hoy en día se ha academizado esta puntada, y la mayoría de las personas enseñan cómo hacerla de forma perfecta siguiendo patrones. Mi inspiración viene de las piezas antiguas que he visto en museos o que he ido adquirien-

do para mi colección personal, piezas que han llegado a mí de las formas más insospechadas, y que atesoro con gran cariño.

Muchos de los textiles usados en el *boro* estaban teñidos con índigo porque era barato, resistente y tenía propiedades antibacterianas. Protegía la piel, ahuyentaba los insectos y alargaba la vida de la tela. Esa es la razón por la que las prendas remendadas adquirieron su característico mosaico de azules profundos y desgastados, un paisaje textil que parece el cielo nocturno visto desde una aldea sin luz en una noche de invierno.

DE LA VERGÜENZA AL MUSEO

Durante décadas, el *boro* fue símbolo de pobreza extrema. Las familias escondían estas prendas cuando venían las visitas. Eran objetos íntimos cargados de historia, pero socialmente invisibles. En cualquier país del mundo encontraremos esta historia, la de ocultar nuestros remiendos. En España existe la expresión «la ropa de los domingos», muy





usada durante la posguerra, que venía a decir que de lunes a sábado vestías lo que podías, lo que no querías que se viera y se usaba como ropa de trabajo, prendas muy desgastadas y remendadas. Pero los domingos tenías algo de más calidad y pulcritud para que se te viera con ello en misa (de ahí que los domingos fueran el día oficial de ir a misa). Esta expresión esconde mucho dentro de sí. Ocultar lo que usas habitualmente y aparentar lo que no eres el domingo. El zurcido y el remiendo siempre han estado mal vistos, a pesar de ser lo que ha hecho que millones de familias sobrevivan durante mucho tiempo. Aparentar lo que no somos es lo que la moda intenta hacer. El *boro* es todo lo contrario. Nos muestra cómo somos sin miedo ni vergüenza.

GG

Encuentra este libro en tu librería habitual
o en la página **web de la editorial**



Zurcir el cielo
Aitor Saraiba

editorialgg.com